

llo de las ciudades y del progreso de la civilización. De ahí va á salir la religión literaria y política de los artistas y de los oradores. Volveremos pronto sobre ello y veremos lo que ha hecho esta religión del arte por la educación moral é intelectual del pueblo ateniense; pero nos vamos alejando de la religión propiamente dicha. Ésta, bajo su forma tradicional, se compone sobre todo de ritos y de ceremonias. También ella se transforma en el sentido de que se hace más cívica y menos familiar por un cambio análogo al que se opera en la sociedad política. Además, toma mucho del arte para sus ceremonias é introduce así en ellas una mayor belleza intelectual y moral, pero en el fondo continúa idéntica á sí misma: no tiene teología ni moral propias. No predica, no instruye, no habla á los hombres de su salvación. Si se enriquece es por fuera, no por dentro. El lazo entre esta teología exterior y los ritos, en vez de apretarse, tiende á aflojarse. No posee en propiedad más que un antiguo fondo de creencias vagas, muchas de las cuales son supervivencias lejanísimas y que sólo se imponen por una costumbre atávica.

En la concepción de la Némesis ó en la del papel que representaban las Erinnias existen vestigios de un pensamiento antiquísimo, en el cual las reglas de acción eran distintas del ideal de justicia, concebida por una sociedad más civilizada. Atribuíase vagamente á los dioses la protección de los jus-

tos y el castigo de los culpables, pero la misma idea de justicia y la de injusticia carecían de toda precisión. Tampoco estaban mejor definidas las sanciones. Las antiguas creencias se referían, sobre todo, á recompensas y castigos terrestres, ya para el autor del acto, ya para sus descendientes; la antigua noción de solidaridad familiar se encuentra allí constantemente. La idea de una vida futura pertenecía al dominio de las leyendas, con respecto á las cuales había libertad de creencias; en una palabra, toda la antigua religión tradicional no era una regla ni para el pensamiento ni para las costumbres, y la vida religiosa se reducía en ella á la pompa de las ceremonias, por lo demás, conmovedoras y poéticas en muchos casos. Fué la pobreza misma de esta vida religiosa hecha poco á poco insuficiente para conciencias ya más afinadas, más hambrientas de justicia individual, lo que determinó en el siglo vi el desarrollo de los misterios. Allí se encontraban afirmaciones categóricas sobre la vida futura, una regla de vida más firme, esperanzas más consoladoras y, sobre todo, una idea más clara del mérito y del demérito adquiridos por la conducta personal de cada uno, independientemente de los actos de sus antepasados. En los misterios de Eleusis había algunos gérmenes de una doctrina y de una moral religiosas. En el siglo v estaban iniciados ya muchos atenienses. Pero esta religión de los misterios era todavía muy superficial. Algunos espectáculos, algunas fórmu-

las medio mágicas, algunas observancias, sobre todo, externas. Y todo ello solamente en determinadas épocas del año, de un modo intermitente.

No hablo siquiera de supersticiones populares, iniciaciones, palabras mágicas, oráculos de encuentro, que se despachaban en las encrucijadas; esas eran formas de religión completamente inferiores que se dirigían sobre todo á las gentes de la clase más baja, y que no acertaban á modificar ni en bien ni en mal aquellos espíritus totalmente desprovistos de cultura.

Bajo ninguna de sus formas, ni siquiera las más altas, era, pues, la religión griega por sí misma y en su fondo capaz de dar á los fieles una educación verdaderamente fuerte. Los atenienses eran un pueblo devoto: en ninguna parte tenían los dioses más fiestas que en Atenas. Sin ser tan supersticiosos como los romanos, concedían gran importancia á hacerse agradables á los dioses. Creían en los presagios y en los oráculos; sin embargo, no se ve que nunca su piedad les haya dado más luces ó más fortaleza. Es porque su religión, repetiremos, era incapaz de una eficacia de tal género. No podía dar lugar en principio más que á actos supersticiosos; felizmente tenía un mérito de otro género, un inmenso mérito que redime muchas insuficiencias: el de ofrecer al arte, á todas las artes, ocasiones y materia; y por eso, por la libertad misma que dejaba á los artistas, les permitió verter profusamente en los

moldes tradicionales de las viejas leyendas la rica sustancia de sus pensamientos, formados por una cultura nobilísima y hechos sensibles á todos por la belleza de una forma incomparable.

§ 3.—EL ARTE.

No podría exagerarse el valor de la influencia del arte en la educación del ateniense. En efecto, el arte en Atenas no es cosa de algunos cenáculos ó de una clase de aficionados inteligentes; es realmente cosa de todos, y esto no sólo bajo los aspectos de arquitectura religiosa ó de pintura ó de escultura, sino también en sus más bellas é importantes formas literarias. Atenas, en este respecto, presenta un ejemplo único en el mundo. Nuestra Edad Media ha conocido una gran arquitectura religiosa que fué para todo el pueblo manantial de emoción y de enseñanza, y en esta arquitectura han encontrado sitio para ayudar al encanto las imágenes talladas en piedra y la pintura de las vidrieras. Pero en la misma época la literatura ocupaba un puesto muy inferior. En Atenas todo marcha de acuerdo. Al mismo tiempo que se terminan los Propileos y el Partenón, las estatuas de Fidias y las pinturas de Polignoto, aplauden treinta mil espectadores á los poetas trágicos en el teatro de Dionisos, deleitándose con las comedias de Aristófanes,

mientras se recita Homero á la multitud y los coros cíclicos cantan y danzan, y los primeros oradores artistas desarrollan sus razonamientos y su maravilloso lenguaje. Algo más tarde, en el siglo IV, esta gran floración de arte público es ciertamente menos intensa, y los artistas, en la plástica como en la literatura, se dirigen más frecuentemente á una clientela particular, á aficionados ó á las personas cultas propiamente dichas; pero esto no significa todavía más que una tendencia parcial. Atenas sigue siendo siempre la ciudad de los monumentos incomparables, de las fiestas dramáticas y musicales, de la elocuencia sin igual. Dejemos á un lado la elocuencia, que volveremos á hallar en seguida, cuando nos ocupemos de la educación política del pueblo. Para no hablar aquí más que de las artes plásticas y de la poesía, ¿qué género de enseñanzas recibía de ellas la multitud? Era seguramente la más bella lección de idealismo razonable, de civilización noblemente humana que nunca se dió en el conjunto de una nación.

Cuando un ateniense contemplaba la Athena Promachos ó la Partenos ó la Lemniana, concebía á la gran protectora de la ciudad como una fuerza de inteligencia y de dulzura que era la más alta personificación de la eterna razón y de la eterna belleza. Tal imagen sobrepasaba infinitamente, completándolas del modo más admirable, las mediocres lecciones de la religión propiamente dicha. Entonces era, y no en las antiguas leyendas

infantiles, cuando veía la grandeza de sus dioses; y estos dioses no significaban otra cosa más que la perfección misma de la humanidad. La belleza de sus formas visibles era la traducción de una belleza moral, hecha de las cualidades más exquisitas que puede concebir el espíritu humano. Una firme razón apoyada sobre una fuerza armoniosa y rodeada de bondad serena. Los frisos del Partenón le decían la nobleza del orden, de la disciplina armoniosa que asocia todas las voluntades en una obra común; los frontones cantaban la grandeza de los dioses y la inteligencia de Atenas, floreciendo en la frente de Zeus. El mismo edificio, maravillosa flor de fuerza y de gracia, le predicaba la belleza de un poder que se domina á sí mismo. Todo un pueblo de dioses y de héroes, repartido en torno de los templos y por las plazas públicas, sugería ideas análogas. Aristóteles, que no es un entusiasta, ha dicho en alguna parte que si existiese una raza de hombres semejantes á las imágenes que los escultores han modelado de los dioses, los hombres todos reconocerían inmediatamente en ellos á sus señores y se dispondrían á obedecerlos (1). La contemplación de todas estas imágenes, multiplicadas profusamente, era para el ateniense como una incesante exhortación á cultivar en sí y respetar en los demás la perfección de la grandeza humana.

(1) *Política*, I 5, p. 1254, B. 33.

Esas mismas lecciones y otras muchas recibía de la tragedia. Nada más sorprendente que la extraordinaria belleza del lenguaje de aquella tragedia, que se dirigía á todo el pueblo. Este lenguaje posee una sutileza de análisis y una brillante fuerza de síntesis retadoras de toda comparación. En particular, el estilo de los coros abunda en palabras maravillosas que suscitan á la vez una multitud de imágenes y sentimientos. ¿Quiere esto decir que todos los atenienses pudiesen desentrañar de él en una audición la plenitud rica de su sentido? Indudablemente no: sentían más que comprendían. Entreveían, como en un relámpago, la emoción profunda de un Esquilo, el pensamiento sutil y fuerte de un Sófocles; pero bastaba con que hubiesen recibido la impresión inmediata para que su espíritu ganase en aquella prueba en agilidad y penetración y para que se despertase un noble ideal en las profundidades oscuras de su conciencia, y los héroes de la tragedia les hacían conocer la vida humana. Agitaban en Esquilo los grandes problemas del destino de que eran víctimas. Proclamaban en Sófocles el poder de la voluntad orientada á un fin generoso. Expresaban en Eurípides todos los sufrimientos de la pasión, todas las delicadezas exquisitas de las almas débiles y dolorosas.

Pero no era eso todo: no olvidaban los poetas que el privilegio de hablar á la multitud les imponía el deber de hacerla oír consejos prudentes. Menudean en la tragedia

las alusiones á las cosas públicas, ya en forma directa, ya bajo una alegoría. Teseo personificaba en la tragedia la bienhechora tragedia de Atenas. Encuéntranse en multitud de pasajes, junto al elogio de la libertad, advertencias en favor de la moderación, el consejo de despreciar á los demagogos, el elogio de los hombres de Estado buenos y justos. En todas partes se expresa el respeto á la conciencia, el amor á la justicia, el sacrificio á la cosa pública, la belleza del patriotismo. La tragedia es una predicación, además de una obra de arte.

La comedia del siglo v, con su fantasía exuberante y bufonesca, aborda todas las cuestiones políticas del momento. Las zanja con una alegría ruda y muchas veces con flagrante injusticia. Satírica por excelencia, deliciosamente caricaturesca, ataca á los hombres tanto como á las ideas, y por esa razón no tiene siempre el valor de un buen ejemplo. Pero sin duda hace reflexionar tanto como divierte, y el ateniense que acababa de oír los *Acarnios* ó la *Paz*, llevaba del teatro mucho que meditar. En el siglo iv la política desaparece poco á poco de la comedia; pero la discusión de las ideas primero, y más tarde la pintura de las costumbres privadas, ocupan en ella el primer lugar, y la gracia del lenguaje constituye una maravillosa escuela de aticismo.

Si se añade á todo esto los recitados de Homero, vivos siempre, y las ejecuciones musicales, cada vez más numerosas y magní-

ficas, nos imaginaremos, sin trabajo, qué fiestas de arte nunca interrumpidas ofrecía la vida diaria en Atenas del siglo V al IV y la perpetua educación que de ellas obtenía. Educación más artística que moral sin duda, más propia á despertar la imaginación y la finura del gusto que á templar la voluntad y á fortalecer el carácter. Esto es indiscutible. El arte por sí solo no puede gobernar toda la vida. Necesariamente permanece confinado en los dominios de la contemplación. Es una fuerza más especulativa que práctica. Pero es justo decir que dentro de esos dominios, por lo menos los únicos que le pertenecen, ha representado excelentemente su papel en Atenas, contribuyendo, más que en cualquier otra parte, á hacer del pueblo, que de él se nutría en espíritu, una raza superiormente humana y civilizada.

§ 4.—LA CIENCIA.

Habría sido excelente, sin duda, que junto á este arte admirable contribuyese á la educación del ateniense una ciencia sólida que le enseñase probidad intelectual, le aficionase á la verdad inalterable, á la sumisión al hecho demostrado y al enérgico y paciente trabajo de investigación. Ya hemos visto que la ciencia naciente había ejercido poca acción en el pueblo tomado en conjunto, confinándose en algunos círculos pequeños. Hay

que añadir que eso no fué un mal. La ciencia de este tiempo se presenta bajo una forma esencialmente dialéctica y lógica; contiene en sí una gran dosis de arbitrariedad; la cultura oratoria mézclase con ella sin cesar y en perjuicio suyo. Esta cultura tenía sus peligros para la multitud, más capaz de asimilarse en tales materias lo malo ó mediocre que lo bueno y demasiado dispuesta á dejarse caer en un diletantismo esceptico.

Los efectos morales que produjo este movimiento intelectual en la clase rica é instruída muestran lo real de aquel peligro. Se ve claramente lo que un Alcibiades ó un Critias ganaron en recursos dialécticos oyendo á los sofistas y á los filósofos. Pero todavía se ve mejor cuánto escepticismo moral é independencia de conciencia adquirieron respecto de los principios de conducta sobre que reposa la vida social.

Jenofonte distingue alguna vez entre los discípulos de Sócrates aquellos que iban á él atraídos por el ejemplo de su vida tan pura ó los que buscaban sobre todo en sus discursos el modelo de una dialéctica suficiente á disolver todos los principios y todos los escrúpulos. Al decir del mismo Jenofonte, que no es sospechoso de parcialidad en favor de la democracia, los ricos de Atenas, los caballeros y los oplitas, todos hombres más ó menos instruídos y cultos, eran también los atenienses más indisciplinados y se vanagloriaban de despreciar la obediencia

de las leyes (1). A decir verdad, todavía no se había encontrado la ciencia verdaderamente dicha. No hay por qué lamentar que, en el estado imperfecto en que se hallaba, las circunstancias la tuviesen alejada de la muchedumbre, que no podía obtener de ella un principio de fuerza y de virtud. El agnosticismo de un Protágoras ó de un Gorgias podría muy bien dar como resultado en la práctica un escepticismo disolvente.

La religión filosófica de Sócrates se basaba en una dialéctica demasiado sutil para inteligencias mal preparadas; era la parte destructora del socratismo lo que llamaba la atención de la mayoría, y eso juntaba á Sócrates con los sofistas en el terreno del escepticismo.

En lo que se refiere á las disciplinas positivas de los geómetras, médicos y físicos, es claro que eran demasiado especiales para tener influencia en la mayoría y hasta para ser entendidas. El *Estrepsiada* de Aristófanes sólo ve en las ciencias nuevas el arte de no pagar lo que debe; el estudio de los fenómenos celestes le parece semejante á las prácticas de las hechiceras de Tesalia.

Seguramente así entendía el vulgo las cosas y aún no había llegado el tiempo de que la ciencia naciente pudiera salir de la escuela sin peligro para el espíritu público.

(1) *Memor.*, III, 5, 19.

§ 5.—LA VIDA.

Pero la vida, propiamente dicha, es en todos los países y en todos los tiempos una gran escuela. Ya distinguían los antiguos claramente la diferencia de los caracteres intelectuales y morales que producían en las ciudades su manera de vivir, según que pidiesen habitualmente sus recursos á la agricultura ó al comercio marítimo y á la industria.

Habían observado entre los agricultores un espíritu más tradicional y más sólido, y entre los comerciantes y los marinos, por el contrario, una imaginación más viva y más ágil. No sería prudente generalizar esta observación hasta transformarla en una ley rigurosa. Son demasiado complejos los hechos sociales para atenerse á leyes tan sencillas. Sin embargo, ésta encierra una parte notable de verdad. Atenas era una ciudad esencialmente marítima y comercial, y la influencia de este modo de vivir se ejercitaba en el sentido mismo de los instintos innatos de la población en vez de corregirlos y regularlos. La situación geográfica de Atenas había favorecido siempre tales tendencias al viaje y la aventura. El papel representado por la marina durante las guerras médicas y más tarde del establecimiento de la confederación de Delos y la política imperialista, que fué su

consecuencia, habían trabajado en el mismo sentido.

Pero hasta la guerra del Peloponeso se había mantenido entre la vida rural y la vida marítima una especie de equilibrio. Tucídides nos habla de la viva afición de los atenienses á sus campos y de su costumbre de vivir lo menos posible en la población. La guerra del Peloponeso rompió estas costumbres. Durante las invasiones espartanas, los campesinos se vieron obligados á refugiarse en Atenas; muchos de ellos se quedaron allí. La vida urbana era seductora con sus constantes fiestas religiosas, sus asambleas políticas y sus trabajos menos duros que los del campo; afluían á la población y al Pireo muchos extranjeros. El suelo del Atica, demasiado árido, no bastaba á producir el trigo necesario para una población relativamente considerable. Era, por lo tanto, necesario exportar para poder comprar trigo. Sobre todo en el siglo IV las importaciones del trigo constituyen una de las principales preocupaciones de los hombres de Estado; lo traen especialmente de los reinos semibárbaros que bordean el Puente Euxino y el libre paso del Bósforo, constituye una cuestión de vida ó muerte para Atenas. ¿Con qué pagar estas compras? En primer término, con algunos productos naturales del subsuelo ático: el mármol de las montañas y la plata del Laurium; después con objetos fabricados y especialmente armas, joyas, piezas de cerámica y objetos de arte. Jenofonte, en el tra-

tado de las *Rentas*, insiste particularmente en las canteras de mármol y en las minas de plata, que desea ver explotadas con mayor actividad y método.

Es conocida de todos la importancia de las fábricas de armas en Atenas y la extraordinaria difusión de la cerámica ateniense por todo el mundo antiguo. De este modo y poco á poco iban la industria y el comercio sustituyendo á la agricultura. La marina, indispensable para aquel movimiento de importación y exportación, iba proporcionalmente en aumento. La pesca, el cabotaje, los viajes largos seguían el mismo progreso. Se fundaron grandes Bancos y se enriquecía una nueva clase de hombres, entre los cuales no era raro encontrar á los antiguos metecos y libertos. En una palabra, Atenas iba convirtiéndose rápidamente en una capital industrial, comercial y artística, y esta transformación exageraba aún más las tendencias naturales del espíritu ateniense á una movilidad un tanto aventurera. Estos marinos, estos hombres de negocios, estos artistas en relación con todas las ciudades del mundo griego y una parte del bárbaro adquirían así mayor conocimiento de los hombres y de las cosas y una gran elevación de miras. Conservaban buenas costumbres de actividad. Aprendían á calcular los peligros y á afrontarlos. Sentían que aumentaba en ellos mismos el instinto de la grandeza de Atenas. Estas eran las ventajas. Sin embargo, la medalla tenía un reverso. El cuidado del interés personal, la afición al di-